

Parma, es casà amb D^o Berta de Rohan, matrimoni que no fou ben vist pels fills de D^a Margalida, Jaume i Blanca. El primer (Jaume [III] pels carlistes) fou proclamat hereu a la mort del seu pare Carles a 1910 i no tingué successió; per això a la seva mort ocorreguda a 1931, els drets passaren a Alfons Carles, onclo seu i mort també sense successió directa.

Tot i amb això Jaume (III) fou el cap del *Partit Jaumista* que representà el carlisme. Paral·lelament als problemes dinàstics es presentaren dificultats ideològiques, ja que l'impuls que prengué a Espanya el catolicisme social al primer terç del segle XX, no fou assimilat pel carlisme tan sols parcialment, gràcies al fervor d'homes tan il·lustres com Victor Pradera entre altres, que lluitaren per a defensar la causa carlista dins el quadre del constitucionalisme. La radicalització ideològica, social, política i encara econòmica que impera a Espanya, desemboca a la Guerra Civil de 1936 a la qual el carlisme s'hi veu involucrat per una sèrie de raons que aquí no és possible considerar, tinguent en compte l'espai de temps de que es diposa per a una conferència, qüestió que per altra banda surt ja dels límits cronològics del segle XIX.

Es necessari acabar. Malgrat el que es vulgui pensar, el carlisme és un fet històric de gran transcendència dins la història d'Espanya, que no es pot marginar ni infravalorar. La dissort del seus fracassos i desenganys polítics, socials, i les enclotxes obertes dins el primitiu edifici, gairebé monolític polític i religiós, altera consciències, provoca injustes rancúnies i ressentiments que vestits d'una altra forma reneixen al segle XX amb agressivitat creixent.

Tot i amb això, avui, quan el carlisme ha entrat dins el regne ric i poètic de la utopia, l'historiador resta conmogut al contemplar tants d'anys de fidelitat, quantitat tan gran de sofriments, sacrificis, angúnies, entusiasmes, fervors romàntics i poètics per LA CAUSA, enrevoltada d'aires nebulosos de poesia, valor, i desgràcia, que resumeixen la trista i captivadora imatge del carlisme.

LA ULTIMA GRAN SOCIEDAD EUROPEA EN EL TESTIMONIO DE DON JACOBO FITZ-JAMES STUART, DUQUE DE ALBA*

José Orlandis

Recuerdos de infancia y juventud

Una de esas casualidades que a veces se presentan por sorpresa en el quehacer habitual del historiador, puso en mis manos un documento absolutamente excepcional, que ilumina con luz propia un capítulo importante de la historia europea de los tiempos anteriores a la primera Guerra mundial. Su lectura me reveló que se trataba de una información de apasionante interés sobre la historia social de Europa y, en concreto de su alta sociedad que pronto habría de desaparecer. Y ese documento no había sido comuesto a través de fuentes de segunda mano, sino que se trataba del testimonio de alguien que había conocido y vivido personalmente ese medio social, que constituía uno de los últimos residuos de la Europa del Antiguo Régimen.

El documento en cuestión -hora es ya de decirlo- son unas memorias inéditas de don Jacobo Fitz-James Stuart escritas en la década de los pasados años 40, cuando había ya cesado en el cargo de embajador de España en Inglaterra. Las "Memorias" son extensas -varios cientos de folios mecanografiados- y, como es lógico, no intentaré exponer, ni siquiera en sus grandes líneas, el riquísimo contenido. Se trata tan sólo de recoger algunos hechos e informaciones que puedan servir para rehacer los rasgos fundamentales de aquella sociedad; unas noticias que vienen avaladas por el conocimiento inmediato y vivencial que el Autor de las "Memorias" tenía de los acontecimientos y sucesos que relata.

Jacobo Fitz-James guardaba entre sus recuerdos de infancia el de que en los viejos palacios de la Grandeza de España no había comedor; por entonces, siendo todavía niño, se instaló en el Palacio de Liria, y, como un resto de la tradición antiguo, él y su hermano comían a mediodía con su madre, mientras su padre, el Duque, almorzaba con su hija y algún amigo. Por la noche, la familia cenaba reunida en el nuevo comedor.

En tiempos de la infancia de Jacobo, la Casa de Alba había pasado por una

* Conferencia pronunciada en la Academia el día 21 de marzo de 2002.

situación económica muy mala. La prodigalidad del abuelo y la mala administración del padre habían llevado las cosas a tal estado que el Duque de Fernán-Núñez, abuelo materno de Jacobo, decidió intervenir ofreciendo al yerno los servicios de su propio secretario, don Aureliano de Lopátegui. Era éste un vizcaíno soltero, con posición personal independiente y expertísimo en materia de finanzas. Ministros de Hacienda, comenzando por Villaverde, y banqueros extranjeros acudían a él en busca de consejo. Cuando Fernán-Núñez le ofreció el cargo de Apoderado General de la Casa de Alba, Lopátegui aceptó, pero con dos condiciones: La primera, que no se firmaría ningún pagaré u orden de pago sin su conocimiento y anuencia; la segunda, que por su trabajo no percibiría ni un solo céntimo. Las condiciones fueron aceptadas y don Aureliano pasó a vivir en el Palacio de Liria, donde fue acogido como un miembro más de la familia; y gracias a su energía y mucho saber se rehizo el patrimonio de la Casa de Alba.

La difícil “iniciación” social

La “iniciación” en la alta sociedad no era entonces tarea fácil, ni aún siquiera para los que habían nacido y crecido en ese ambiente. El joven Alba tuvo que conocer pronto esos “temores infantiles” -como él los llama-, que se renovarían durante sus años jóvenes en otras diversas circunstancias. Sus padres le enviaron a estudiar a Inglaterra, en el colegio de jesuitas de Beaumont, y allí le tocó vivir lo que recordaba de viejo como “uno de los peores ratos de mi vida”. Un día el Rector le llamó para decirle que el Príncipe de Battenberg, yerno de la reina Victoria, le invitaba a comer en el castillo de Windsor, la residencia real. Sintió -recuerda Alba- un “miedo inmenso”, al verse allí rodeado de príncipes y duques británicos. La vieja Reina no estaría presente, pues Jacobo dice haberla visto una sola vez: iba en coche de caballos descubierto, acompañada por una sola dama y sin escolta. Parecía adormilada: todo el mundo se descubría a su paso y le saludaba con gran respeto.

En la memoria de Alba quedó grabado el recuerdo de dos momentos del antiguo ceremonial que se observaba todavía con rigor en la Corte española durante la Regencia de María Cristina. En 1898 hizo su primera guardia en Palacio como gentilhombre. De uniforme de gala, le tocaba comer con la Reina, las Infantas y sus damas, si estaba de servicio. Los sábados debía acompañar a la Reina al canto de la Salve en la iglesia del Buen Suceso y otros días a la Opera. La guardia terminaba cuando la Reina se retiraba a sus habitaciones y anunciaba a los presentes: “mañana a tal hora”, para indicar cuando volvería a necesitar de sus servicios. Desde ese momento, la custodia de la cámara real quedaba a cargo de los Monteros de Espinosa.

En 1899, correspondió al joven Duque cubrirse como Grande, una ceremonia impregnada todavía del aroma de la época de los Austrias. Alba reconoce que estaba azoradísimo: “cubríos y hablad”, le dijo la Reina de acuerdo con la costumbre; y el Duque pronunció un breve discurso de circunstancias, que le había preparado don Antonio Maura. Un curioso episodio sirve todavía para revelar ciertas singularidades

de la vida corriente de la alta sociedad de hace cien años. Alba, estando en París, sufrió un ataque de apendicitis. No acudió para ser intervenido a ningún centro hospitalario público o privado: en el Hotel Ritz se montó un quirófano y allí se le practicó la operación. Afortunadamente, el resultado fue feliz.

El entorno familiar

Del entorno familiar de Alba sobresalen en sus “Memorias” las imágenes de su padres y de su hermana doña Sol. Pero hay una figura de mujer que destaca sobre todas las demás: la emperatriz Eugenia, por la que Jacobo sintió excepcional cariño y a la que reserva una denominación inconfundible: “la Tía”. Los Alba profesaban singular devoción a Eugenia de Montijo, viuda de Napoleón III; en sus viajes nunca dejan de visitarla, y en verano solían pasar largas temporadas con ella. La anciana y desdichada emperatriz de los franceses que, tras la derrota en la Guerra franco-prusiana, había visto desaparecer en poco tiempo a su marido y a su único hijo, el Príncipe imperial, pensaba que su destino era la desgracia y el sufrimiento; y así se lo dijo a su sobrino en una ocasión inolvidable para éste.

Alba se encontraba en Inglaterra, invitado por el Duque de Devonshire, en una de sus residencias campestres, cuando su padre falleció repentinamente en Nueva York. Le dijeron para prepararle que había malas noticias sobre la salud de su padre y él tomó inmediatamente el tren para Londres. Al llegar a la estación se enteró del fallecimiento, porque así lo pregonaban las carteleras con las últimas noticias que entonces llevaban colgadas del pecho y la espalda los “hombres anuncio” de los periódicos londinenses. A Londres llegó la Duquesa viuda y mientras esperaban el cadáver del Duque que traían en barco desde América, madre e hijo fueron a visitar a la emperatriz Eugenia, apenadísima por la muerte de su sobrino. A Jacobo se le quedaron grabadas las palabras con que les acogió “la Tía”: “no os acerquéis a mí, todo lo que yo amo muere; estoy condenada a ver morir todo lo que más quiero”. La viuda de Napoleón III, tras sus esplendores de juventud, encarnó luego, durante su larga existencia, la imagen viva del dolor.

En la alta sociedad inglesa

La alta sociedad inglesa de comienzos del siglo XX es aquella que aparece más fielmente retratada en las “Memorias” del Duque de Alba. Esa sociedad le consideró desde el primer momento como uno de los suyos y le abrió sus puertas de par en par. No se olvide que Alba era también Duque de Berwick y descendiente de los Estuardos, que habían reinado en Inglaterra y Escocia. En esa aristocracia que constituía el estrato superior de la sociedad, en una época en que Inglaterra alcanzaba el cénit de su poderío imperial, la vida de relación era intensísima. Las cacerías, bailes y carreras se sucedían sin interrupción. Las estancias en los palacios campestres se prolongaban de lunes a viernes o sábado, sin otra exigencia que la de llegar cada uno

acompañado por su propio criado. Alba guardaba un especial recuerdo de unos días -poco después de la coronación de Eduardo VII- pasados en el castillo escocés de Dunnobin, propiedad de los Duques de Sutherland, porque allí conoció a un hijo de los Duques de Marlborough, destinado a ser uno de los protagonistas de la historia del siglo XX: Winston Churchill. El joven Churchill le contó su actuación como corresponsal de guerra en Cuba, donde adquirió la costumbre, que conservó toda la vida, de dormir la siesta. Le contó también sus aventuras en la Guerra de los Boers y la célebre carga de caballería contra los “derviches”, seguidores de El Mahdí en la Guerra del Sudán. Alba hace una aguda observación sobre la impresión que le produjo Churchill. Era -escribe- una persona “de singular encanto cuando quería, y muy desagradable cuando no”, un hombre “de gran ambición y de un valor personal ilimitado”.

Pero, no sólo en la alta sociedad, sino en la misma familia real inglesa el Duque de Alba encontró abiertas las puertas. Su gran amistad con el rey Eduardo VII arrancó de unos días en que éste, apenas ocupado el trono -esto es, a comienzos de 1901- le invitó al castillo de Balmoral. El Duque destaca los rasgos que caracterizaban al primogénito de la Reina Victoria, que sucedió a su madre a la edad de 59 años: “Hablabla con preferencia el francés y el alemán, y aún en inglés tenía un cierto acento tudesco. Era muy cosmopolita y le encantaba viajar por el Extranjero”. Alba tuvo también una buena amistad con el futuro Jorge V, aunque el carácter de éste era muy distinto del de su padre. “El rey Jorge -sigue diciendo- fue tan baturro e insular que no quiso salir de los dominios de su Imperio y sólo por razones de Estado marchó al Extranjero”, como cuando vino a Madrid a la boda del Rey Alfonso XIII. Además, sólo hablaba inglés, chapurreando bastante mal el francés. Pese a la diferencia de edad y de temperamento, padre e hijo se llevaron muy bien. En las exequias de Eduardo VII, muerto en 1910, Jorge V confiaba al Duque: “He perdido a mi padre, a mi rey y a mi mejor amigo”; y añadió: “yo no creo poder acertar con este país, porque detesto las carreras de caballos y adoro a mi mujer”. Se equivocaba de medio a medio, tanto para su bien como para el de su pueblo. Jorge V reinó 25 años y fue venerado por los ingleses. Su prima -la reina de España doña Victoria Eugenia- envidió su popularidad e hizo más tarde este dolido comentario: “todo lo que hace mi primo Jorge les parece bien a los ingleses; todo lo que hace mi marido Alfonso les parece mal a los españoles”.

Alba, desde su posición privilegiada en la Corte de Saint James, tuvo noticia directa del fracaso de la primera tentativa matrimonial de Alfonso XIII, en busca de una novia inglesa. El joven Rey estaba enamorado de la princesa Patricia, hija de los Duques de Connaught y nieta de la reina Victoria. Alfonso intentó sin resultado unos primeros acercamientos, hasta que en el gran baile organizado en su honor en casa del Marqués de Londonderry, aprovechando la ocasión de tenerla por pareja, le declaró sus sentimientos. Patricia, no sólo no accedió, sino que interrumpió la danza dejando colgado al joven Rey. Alfonso puso entonces sus ojos en otra nieta de la reina Victoria, Ena de Battenberg, la futura reina Victoria Eugenia.

En la Rusia de Nicolás II

El testimonio de Alba sobre la vida en la Rusia zarista tampoco deja de ser interesante. El Duque llegó a San Petersburgo en enero de 1903. El Imperio parecía en paz, no había comenzado aún la Guerra ruso-japonesa, ni las turbulencias sociales que siguieron a la derrota. Rusia era ya, sin embargo, con Turquía, el único país que exigía, para entrar, pasaporte con visado. Alba fue invitado a un gran baile en la Corte y le impresionó el enorme parecido de Nicolás II con el entonces Príncipe de Gales, el futuro Jorge V. “Parecían dos hermanos gemelos”, comenta. Durante el baile -sigue diciendo- sufrió uno de los mayores apuros de su vida. “Estaba yo hablando -escribe- con uno de los amigos que había conocido antes, cuando me llamó el conde Federico para decirme que la Emperatriz deseaba bailar conmigo el próximo baile. Mi consternación fue indescriptible, porque fuí siempre muy ruín bailarín. Además, estaba vestido de Maestrante de Sevilla de gran gala, botas altas, espuelas y sable; ésto, añadido a mi timidez, me animó a decir al conde que no sabía bailar. ¡Pero si se trata sólo de una mazurca!, replicó el conde Federico. Mayor y creciente apuro solucionado por el dignatario al decir: vaya usted a hablar con Su Majestad”. Así lo hizo y confesó su ignorancia a la Zarina, que se rió mucho y le dijo: “venga a charlar conmigo y cuénteme lo que pasa en Inglaterra, donde tantos amigos tengo”.

Alba fue invitado a Palacio varias veces más y dice que era costumbre que a las doce de la noche se sirviera la cena; al terminar, los Zares daban unas vueltas saludando a sus invitados y se retiraban. La fiesta seguía hasta muy tarde, en aquellas interminables noches del invierno de San Petersburgo. Le impresionó especialmente al Duque poder pasar desde el salón del baile del Palacio de Invierno a tomar café en el inmediato Museo del Ermitage. Así lo hizo acompañado por una dama de la corte, que le preguntó si había algún cuadro que tuviese especial interés en ver. “El que fue de mi Casa -respondió el Duque-, la Virgen de la Casa de Alba de Rafael; pronto lo encontramos y entonces volví a admirar esa joya perdida por nosotros por los manejos de Godoy”.

El Duque de Alba guardó un grato recuerdo de los últimos Zares de Rusia. Muchos años después, consumada ya la tragedia de Ekaterimburg, encontrándose junto a Jorge V en una recepción en el Palacio de Buckingham, el Monarca inglés le dijo: “¿vé Vd. a ese señor? Es el embajador soviético, enviado del Régimen que asesinó a mi primo. Yo tengo que admitirle en esta casa, pero no le daré la mano”. Y así lo hizo, marcando las diferencias cuando los embajadores desfilaron ante el Rey para saludarle.

La caza era el deporte por excelencia de la gran sociedad europea. Un deporte particularmente arraigado en Inglaterra y que ha dejado su huella en multitud de litografías de hace un siglo. Un deporte -en especial la caza del zorro- no diversión exclusiva de los poderosos, sino practicado también por buena parte de la población y tan arraigado que su abolición constituye todavía un problema político. La caza

que sí estaba solamente al alcance de los grandes era la que requería largos viajes, cuantiosos dispendios y -¿por qué no decirlo también?- esfuerzos y fatigas sin cuento. El Duque recordaba una cacería en el Cáucaso invitado por el príncipe Demidof, que exigió un largo viaje, pasando por Varsovia, Moscú, Bakú y Tiflis, con el fin de capturar una cabra con una enorme cornamenta, que sólo se encontraba en los lugares inaccesibles de la cordillera. Otra cacería llevó a Alba hasta el corazón de África, en unos tiempos en que no existía un turismo cinegético organizado, y cada “safari” constituía una obra de artesanía. El Duque quedó impresionado por el inmenso coto de doscientas mil hectáreas que el Príncipe de Liechtenstein poseía en los Cárpatos. Pero he de confesar que no me impresionó menos conocer en Bruselas -hace de eso treinta años- a un distinguido político socialista luxemburgués, propietario de un coto de dos mil hectáreas, especializado para la caza del faisán. Si se compara la extensión del Gran Ducado de Luxemburgo con la del viejo Imperio de los Habsburgo, es posible que el coto del magnate socialdemócrata saliera ganando en una comparación proporcional con el coto del Príncipe austríaco de comienzos del siglo XX.

Un cierto grado de liberalismo político

En las “Memorias”, el Duque no pasa por alto su intervención en la vida política nacional. Ministro en el gobierno del general Berenguer, y representante oficioso y luego embajador de España en Londres a raíz de la Guerra civil, su trayectoria política en la época de la Monarquía constitucional estuvo marcada por la impronta liberal que había caracterizado a la Casa de Alba durante el siglo XIX. Pero este “liberalismo”, que le llevó a representar en las Cortes durante varias legislaturas el distrito de Loeches, no significaba para el Duque renegar de ningún antepasado ni incurrir en la menor veleidad “meaculista”. Un suceso recogido en las “Memorias” puede servir de botón de muestra.

Cierto día, muerta ya la emperatriz Eugenia, Alba acudió a la abadía benedictina inglesa de Farnborough donde “la Tía” había sido enterrada junto a los restos de su marido, Napoleón III, y de su hijo. Pidió que le abrieran la cripta y bajó con un joven monje de pelo rubio, que hablaba inglés con un acento que delataba que no era su lengua nativa. Al terminar la visita, le preguntó por su nacionalidad y el monje respondió: “soy holandés y no puedo ocultar la conmoción que siento al estar hablando con el Duque de Alba”. La réplica del Duque fue fulminante: “Pues sepa que si no fuera por él y por sus Tercios, usted sería un hereje, y no vestiría este hábito, y a lo mejor se hubiera ido al infierno”. “Quedamos muy amigos”, comenta Alba. No podía ser de otra manera, después de un diálogo tan franco.

De la “belle époque” a la “gran ilusión”

Una edad feliz, esta es en suma la imagen que ofrecen las “Memorias” de

Alba del período anterior a la I Guerra mundial. Evocando el juicio de Edward Gibbons, el gran historiador inglés de la Antigüedad romana, el Duque comenta: “Si Gibbons asegura que una de las épocas más felices de la humanidad fue desde el advenimiento de Augusto hasta la muerte de Trajano, es porque no conoció la comprendida entre la Guerra del 70 y la Gran guerra de 1914”.

Es posible que a alguien pueda parecerle poco imparcial un juicio emitido por uno de los privilegiados de aquella sociedad. Pero téngase en cuenta que fue la Francia democrática de la III República la que acuñó la expresión “la belle époque” para designar aquel dichoso período. Y es que entonces, como en la Roma de Augusto, el rasgo que caracteriza una época no lo marca ni la opulencia de unos pocos ni la miseria de otros, sino la horaciana *aurea mediocritas* -la dorada medianía- de muchos. Porque la relativa felicidad colectiva, que está al alcance de las sociedades terrenas, no consiste tanto en tener más o menos sino en el sentimiento general de satisfacción con el lugar que cada uno ocupa dentro de su sociedad. Consiste, en suma, en aquel estado de buena salud social que don Miguel de Unamuno admiró al conocer de cerca la sociedad cuasi estamental que aún subsistía en Mallorca, cuando visitó la isla en 1917. Las operetas de Franz Lehar, “La Viuda alegre” o “El conde de Luxemburgo”, pueden considerarse como los exponentes genuinos de una hora de Europa feliz, frívola y despreocupada.

Pero ocurrió que Europa se cansó de ser feliz. Los pueblos se aburrieron de vivir en paz, y un ambiente prebélico se extendió a lo ancho y lo largo del Continente. Las naciones se alinearon en bloques y la Triple Entente se erigió frente a la Triple Alianza. No ha habido quizás en la historia una guerra más deseada que la europea, y cada pueblo la preparó componiendo su memorial de agravios contra el vecino. Un libro en su tiempo famoso -“La Gran Ilusión”- enunció esos anhelos nacionales que se verían cumplidos y satisfechos tras una victoria -que nadie ponía en duda- y que se obtendría además a corto plazo y a bajo precio. Los franceses tenían abierta y sangrante la herida de Alsacia y Lorena; los alemanes se sentían injustamente discriminados en el reparto de las riquezas de los Imperios coloniales; los ingleses pretendían acabar con la supremacía industrial alemana y con la construcción de una flota germánica de alta mar, que podría disputarles la hegemonía naval. Los rusos, en fin, se erigían en protectores de sus hermanos eslavos -entre ellos los serbios- y miraban incluso más allá, hacia la soñada Constantinopla, capital del antiguo Imperio bizantino y llave del paso del mar Negro al Mediterráneo. Y todo ello sucedía cuando en los tres mayores imperios de la época reinaban tres primos hermanos, nietos los tres de la reina victoria: Nicolás II de Rusia, Guillermo II de Alemania y Jorge V de Inglaterra. Mi padre recordaba haberles visto juntos en Londres, hacia el año 1912, inaugurando el gran monumento erigido en memoria de la Abuela común, la reina Victoria.

Alba, en sus “Memorias”, da noticia de un curiosísimo episodio, fiel expresión del clima prebélico vivido al más alto nivel y del que él fue testigo personal. Se encontraba un día invitado en el famoso yate real británico “Victoria and Albert”,

con el rey Eduardo VII y el kaiser Guillermo II. Sonó la campana anunciando la hora de comer y los presentes, desde la toldilla donde se encontraban, comenzaron a dirigirse hacia el comedor. Al bajar por la escalerilla, el viejo rey Eduardo cogió al Kaiser por la oreja mientras le decía: “Sobrino enredador, tu quieres hacernos la guerra y no te lo vamos a consentir mientras yo viva”.

La guerra tardaría aún años en llegar, pero llegó. El entusiasmo popular se caldeaba de día en día con grandes maniobras militares, vistosos desfiles de tropas y revistas navales. Cuando se reunían las flotas inglesa y alemana, los banquetes de los oficiales de una y otra marina terminaban en un brindis lleno de simbolismo: “for the Day!”, gritaban los ingleses; “der Tag!”, respondían los alemanes. Ese día, por el que unos y otros brindaban, era aquel en que las dos grandes flotas se encontrarían en alta mar y combatirían hasta el último aliento la decisiva batalla de la que habría de depender la segura victoria final.

La Guerra europea llegó y fue la contienda más dramática que habían conocido los siglos. Y, tras la victoria aliada, no llegó la paz, sino veinte años de entre guerras que condujeron a una nueva confrontación, más cruel todavía y despiadada que la primera, la II Guerra mundial. Entre tanto, la gran sociedad europea, que el Duque de Alba vivió como protagonista y retrató en sus “Memorias”, había desaparecido para siempre.

REIAL ACADÈMIA MALLORQUINA D'ESTUDIS GENEALÒGICS, HERÀLDICS I HISTÒRICS CURS 2001-2002.

Sessió del dia 25 d'octubre de 2001

En sessió celebrada el dia 25 d'octubre de 2001 es va obrir el curs acadèmic 2001-2002. El ple de l'Acadèmia fixà el calendari de reunions. Les sessions ordinàries de treball, quedaren convocades pels darrers dijous de cada mes i les tertúlies ordinàries pels restants dijous. Així mateix s'acordaren les dates per a la celebració del cicle de conferències amb motiu del 50è. aniversari de la fundació de l'Acadèmia.

A continuació l'Acadèmic Tresorer Il·lm Sr. José Torralba y Valls presentà l'estat de comptes del curs anterior i el pressupost pel nou curs, que foren aprovats per unanimitat.

Finalment foren anomenats Acadèmics corresponents els senyors Inés Padrosa i Gorgot (Girona), Rvd. Josep Clavaguera i Canet (Girona), José Gámez Martín (Sevilla), Manuel Rodríguez de Maribona (Madrid), Braulio Revilla Chavarría (Barcelona) i Rafael Garriga González (Barcelona).

Presentació de les actes del Congrés científic internacional *El Sobirà Orde de Malta, el Regne de Mallorca i la Mediterrània*

El dia 29 de novembre de 2001 va tenir lloc l'acte de presentació de les Actes del

Sesión del día 25 de octubre de 2001

En sesión celebrada el día 25 de octubre de 2001 se abrió el curso académico 2001-2002. El pleno de la Academia fijó el calendario de reuniones. Las sesiones ordinarias de trabajo, quedaron convocadas para los últimos jueves de cada mes y las tertulias ordinarias para los restantes jueves. Asimismo se acordaron las fechas para la celebración del ciclo de conferencias con motivo del 50 aniversario de la fundación de la Academia.

A continuación el Académico Tesorero Ilmo. Sr. José Torralba y Valls presentó el estado de cuentas del curso anterior y el presupuesto para el nuevo curso, que fueron aprobados por unanimidad.

Finalmente fueron nombrados Académicos correspondientes los señores Inés Padrosa i Gorgot (Gerona), Rvdo. Josep Clavaguera i Canet (Gerona), José Gámez Martín (Sevilla), Manuel Rodríguez de Maribona (Madrid), Braulio Revilla Chavarría (Barcelona) y Rafael Garriga González (Barcelona).

Presentación de las Actas del Congreso científico internacional *La Soberana Orden de Malta, el Reino de Mallorca y el Mediterráneo*

El día 29 de noviembre de 2001 tuvo lugar el acto de presentación de las Actas del